

siones de vejez" o "Confesiones finales". Pero intuía que no le sería dado cumplir ese propósito. Nos cuenta Yamuni: "De no poder redactarlas, me dijo, por lo poco que creo que me queda ya de vida, te ruego a tí que conoces mis preocupaciones e ideas últimas, que las expongas por mí" (p. 129). Este último capítulo es el cumplimiento de aquel encargo. Y Vera hubo de realizarlo con una fidelidad ejemplar. Quien escuchó a Gaos, reconoce en esas páginas su espíritu, incluso su ritmo y manera de hablar, cuando lo hacía entre amigos. La transcripción de los pensamientos del maestro nos hace llegar aun la pausada emoción y, a la vez, la reflexiva serenidad con que seguramente fueron expresados. Dichos en tono de coloquio personal, están muy lejos de la retórica barroca de muchos escritos publicados del filósofo. Poco a poco van trazando el perfil de una personalidad compleja y profunda, que nos deja soslayar el drama interior de una naturaleza solitaria, lúcida y sincera, que choca contra los límites de la razón, al preguntarse por el sentido del mundo y de la vida en él.

Gaos reflexionó hondamente, en sus últimos años, sobre la incapacidad de la razón para dar una explicación de la existencia del mundo, del mal, de la posibilidad de concebir a Dios, de la inmortalidad del alma. Desarrolló argumentos de los que creía poder concluir dificultades insalvables para admitir racionalmente la existencia de un Dios creador e infinitamente bueno y más aún para sostener la posibilidad de vida futura de un alma individual. Su agnosticismo intelectual de siempre, su escepticismo ante la metafísica, quedaron reforzados. Pese a ello (¿o será, tal vez, por ello?) empezó a acceder a una religiosidad auténtica. No a la religión que sigue decires ajenos, mucho menos a la basada en dogmas, tradiciones, instituciones, sino a una religiosidad fundada en una genuina experiencia personal. Esa religiosidad no se expresa en argumentos racionales, sino en un sentimiento sosegado ante "el misterio de la existencia del hombre en el todo" (p. 134), sentimiento que inunda al pensador en las experiencias más sencillas, como la contemplación de un pedazo de jardín en el atardecer. "La razón es irreligiosa —deja anotado Gaos—; lo emocional, religioso" (p. 165).

Esta religiosidad que irrumpe en medio de su agnosticismo intelectual, sin abolirlo, se expresa en dos temas. El primero es un sentimiento de gratitud por los bienes recibidos, por "lo que es cierto no me di" (p. 56), el cual hace nacer un impulso amoroso de dar gracias a alguien o a algo por el don gratuito. "La necesidad de pedir gracias y darlas... —escribe Yamuni— pasó así a ser la esencia de su religiosidad y comprendió los conceptos de gracia, petición y agradecimiento" (p. 138). Por otra parte, su sentimiento ante el todo llegó a condensarse en una fórmula profunda en su sencillez: "Reverenciamos tu misterio", decía o "Reverenciamos-Te, Misterio" (p. 148.) ¿Cómo es posible que Gaos, el escéptico, haya llegado a una actitud semejante? Él no traza ese camino. Tal vez no quepan explicaciones en este campo, pero intentaré una vía de comprensión: la totalidad del mundo, su origen y su fin —pensó Gaos— son inexplicables por la razón; el sentido de la totalidad se nos escapa. Pero quizás este reconocimiento de los límites de la razón sea el primer paso para captar el sentido del todo. Porque sólo entonces estamos en situación de entender que el sentido rebasa todo hecho y toda relación entre hechos explicable por el entendimiento, que el sentido del todo está más allá de los hechos, es "lo otro" por excelencia o, en palabras de Gaos, es "misterio". El sentimiento religioso genuino nos sobrecoje cuando ese misterio no puede menos de suscitarlos "reverencia". La reverencia es un sentimiento doble. Al estar dirigida a lo otro, es reconocimiento de que el sentido del todo es lo más alto, el valor supremo; al estar dirigida a nosotros mismos, es sentimiento de nuestra pequeñez ante lo más alto, aceptación serena, tal vez amorosa, de lo supremo. Llevado a su término, el sentimiento de la propia pequeñez frente a lo más alto, puede conducir a una actitud aún superior: ya no la reverencia del misterio como algo lejano, sino la comprensión de nuestra vida en el misterio, que en nosotros se expresa. "No decir: danos el morir en la apacible reverencia de Tu Misterio, sino expresar que el morir en la apacible reverencia del misterio sea la última obra en mí de éste" (p. 141).

La producción de José Gaos, compleja y rigurosa, tendida entre el más acerado escepticismo intelectual y la

interrogación por lo trascendente, es una de las más representativas de toda una época de la filosofía mexicana. En una de las reflexiones transcritas en el libro de Vera Yamuni, Gaos escribió: "¿Por qué los mexicanos piensan pertenecientes a la literatura mexicana a Fray Alonso de la Veracruz, Cervantes de Salazar, Sahagún, Balbuena, Palafox, Gorostiza, y no me pensarían perteneciente a ella? También yo he vivido largamente en México y espero morir en él, he madurado en él, he hecho en él mi obra, y sobre el que quiero a México como si fuese mi patria, me siento mexicano" (p. 83). Al anunciar la próxima publicación de sus obras completas, la editorial de la UNAM ha hecho justicia al maestro mexicano de origen español. El libro que ahora reseñamos podría servir de una excelente iniciación al estudio de esas obras, a través de su relación con la vida del autor.

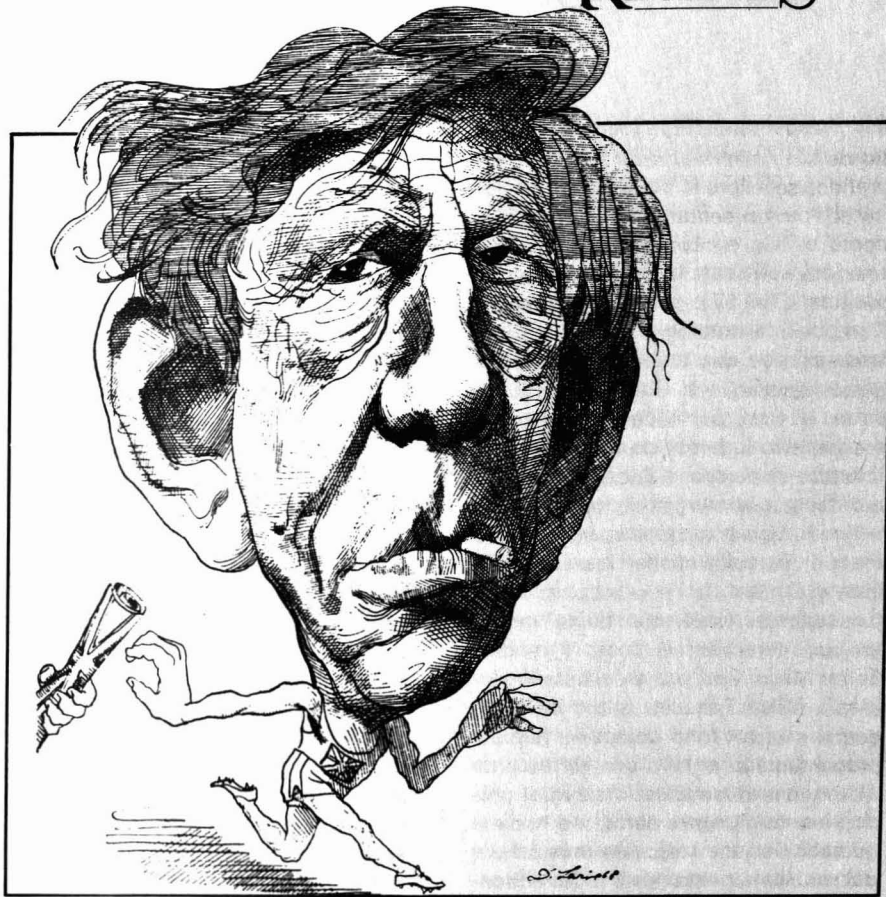
Luis Villoro

## POR Y CON ESPAÑA

A juzgar por los libros que llegan a México, desde la muerte de Franco los intelectuales españoles se inspiran en dos propósitos fundamentales: por un lado, escribir la historia de la Segunda República y de la guerra civil española (que, por supuesto, es aquel período en su historia política y cultural más tergiversado por los historiadores oficiales del franquismo) y, por otro, ponerse al día con respecto a aquellas culturas extranjeras (la de lengua inglesa, sobre todo) calificadas de "heterodoxas" por la reacción española. Un ejemplo de cómo estos dos intereses pueden coincidir en esta antología de poesía inglesa de la guerra civil preparada por el joven poeta español Bernd Dietz.

Como se sabe, lo que llevó a toda una generación de escritores ingleses a preocuparse por la guerra española fue su convicción de que, allí en España, se estaba librando la batalla por la sobrevivencia de la cultura europea, convicción que el asesinato de García Lorca vino a confirmar. Ante la vergonzosa política de no-intervención del gobierno

▲ *Un país donde lucía el sol: Poesía inglesa de la guerra civil española.* Edición bilingüe. Selección, traducción y notas de Bernd Dietz. Ediciones Hiperión, Madrid, 1981. 149 pp.



Auden

inglés, algo había que hacerse; el fascismo internacional, que ya tenía a Italia y Alemania en su bolsillo, y que estaba a punto de conquistar a España, también podía extenderse a Inglaterra (ahí estaban Mosely y sus *camisas negras* para probarlo). Por eso, la gran mayoría de los escritores ingleses no dudaron en hacer suya la causa republicana. Un buen número se fue a España a luchar, otros llegaron allí en calidad de médicos o periodistas y otros más se quedaron en Inglaterra para presionar al gobierno a cambiar su política. El saldo de su participación en la guerra fueron cinco muertos (Fox, Caudwell, Donnelly, Cornford, Bell) y una literatura infinitamente más rica que la que había de inspirar, poco después, la Segunda Guerra Mundial. "Después de sentir por España", preguntó alguno, "¿qué más podemos sentir?".

Lo que hace particularmente interesante esta literatura, y sobre todo a la poesía, es el doble fondo que contiene. Ahí están los himnos obligatorios a la causa, a sus líderes, a sus hombres y mujeres, e incluso a sus camiones; pero debajo de esta superficie más o menos convencional late toda una problemática que hace que los textos cobren un significado muy actual. Me refiero, por

supuesto, a la espinosa cuestión del compromiso político del escritor. Si bien al principio los ingleses no dudaron en escribir al servicio de la causa, conforme se iban dando cuenta de las atrocidades cometidas en nombre de ella, así como de las innumerables mentiras difundidas para encubrir esos actos, la actitud de muchos de ellos fue cambiando. ¿Cómo apoyar una causa, sin duda alguna justa, si los medios utilizados para conseguir el fin último a cada paso traicionaban los principios por los cuales se estaba luchando? En unos casos el desengaño fue más rápido que en otros; pero casi todos terminaron rompiendo con la política estalinista, aunque sin abandonar por ello su fe en la lucha antifascista. Después de todo, si no se mantenían fieles a lo que les enseñaba su experiencia, ¿qué podían esperar conseguir como escritores? Y la lucha, ¿no era precisamente para defender la cultura y los valores en que ésta tradicionalmente se asentaba?

En esta última pregunta está cifrado todo el problema. Porque, lo mismo que en otros países, en Inglaterra muchos se adhirieron al Frente Popular no por convicciones revolucionarias sino sólo porque veían en él la única esperanza de mantener la tradición demo-

crática europea. Entre muchos ingleses había un sentimiento de culpa de clase muy arraigado. Y, en ese sentido, para ellos la guerra civil española parece haber marcado otro intento más por dejar atrás a la clase media a la que pertenecían y conseguir una plena aceptación por parte de la clase trabajadora. De ahí la profunda emoción de Orwell, por ejemplo, cuando un soldado raso de las Brigadas Internacionales se dignó estrecharle la mano:

El soldado italiano estrechó mi mano  
Junto a la mesa del vigilante;  
La mano fuerte y la mano sutil  
Cuyas palmas son sólo capaces

De unirse allí donde suenan los cañones.

Mas ¡qué paz conocí entonces  
Al contemplar su rostro golpeado,  
Más puro que el de cualquier mujer!

La misma idealización de la clase trabajadora y el mismo anhelo de sumirse en su "pureza" habían motivado, antes de la guerra, esas extrañas aventuras que narra Orwell en su *Down and out in London and Paris*, así como los escarceos de Isherwood y Auden con el lumpen proletariado de Berlín. Pero de ahí a asumir un verdadero compromiso con la política de tal o cual partido revolucionario había un gran paso. Y ese paso pocos estaban realmente dispuestos a darlo, sobre todo después de haber vivido la terrible realidad de la guerra. Así, Orwell hablaba para muchos al formular su amarga pregunta:

Entre la sombra y el fantasma,  
Entre el blanco y el rojo,  
Entre la bala y la mentira,  
¿Dónde ocultarás tu cabeza?

(p. 145)

Con esta antología Dietz ha hecho mucho para que una parte muy importante de esa literatura llegue a los lectores de habla española. (Por lo visto, el único antecedente con que cuenta es la selección, mucho más reducida, *Poesía inglesa de la guerra española*, editada por Shand y Girri en Buenos Aires en 1947.) Los poemas escogidos dan una idea bastante completa de la poesía inglesa que se escribió durante esa guerra. Ahí están los textos claves de los cuatro consagrados —Auden, Spender, Day Lewis, MacNeice— y entre ellos el famoso poema "España" de Auden,

con su "aceptación consciente de culpa ante el asesinato necesario", verso que Orwell tendría oportunidad de atacar con saña y del cual el autor se retractaría. Spender, el poeta que más y mejor escribió acerca de la guerra, está especialmente bien representado; aunque me hubiera gustado ver incluido el excelente poema que dedicó a su amigo Manuel Altolaguirre, como rara expresión de amistad entre poetas de los dos países. (Que yo sepa, de los demás poetas ingleses sólo Stanley Richardson —desde antes de la guerra amigo de Altolaguirre, García Lorca y Cernuda— realmente logró entablar buenas relaciones amistosas.)

Entre los poetas de menor renombre internacional están Roy Fuller; Laurie Lee (mejor conocido en Inglaterra por sus novelas); el crítico de arte Herbert Read; y la romántica pareja formada por John Cornford y Margot Heine-mann. Militante marxista, Cornford era el poeta comprometido que muchos hubieran deseado ver en García Lorca. Cuando la insurrección militar, decidió abandonar sus estudios en Cambridge e irse a España a luchar. Allí, a los veintidós años, murió; pero, antes de morir, escribió algunos de los mejores poemas que inspiró la guerra. De éstos Dietz traduce su "Carta desde Aragón" y el poema que empieza "Corazón del mundo sin corazón". Hubiera hecho bien en incluir, además, "Luna llena en Tierz", que es la pieza que mejor demuestra la singular capacidad del autor para reconciliar la propaganda política con las cuestiones de índole personal (muerto en diciembre de 1936, no le tocó la dura prueba política por la cual había de pasar sus compañeros). La vida pública y la privada también se funden con inusitada eficacia en los poemas de su novia Margot Heine-mann. Su elegía a Cornford, "Lamenta nuevas pérdidas de un modo nuevo", se destaca en ese sentido: sin caer en tópicos propagandísticos ni volcarse por completo en sentimientos personales, logra presentar el sacrificio de su amigo en su justa dimensión política y humana. Cosa nada fácil dada la inmediatez de los hechos.

¿Y los ausentes? Por alguna razón Dietz decidió no incluir nada de Roy Campbell, el único poeta inglés que escribió a favor de Franco y su Cruzada. Estoy de acuerdo en que su poesía es muy mala y que las ideas que expresa

son francamente repugnantes (en su reseña de *Flowering Rifle* Spender escribió que el libro le daba ganas de vomitar); pero si la intención de Dietz fue, como señala en su introducción, "dar una idea suficiente de la gama expresiva total" (p. 17), debió incluirlo. Sin Campbell, la antología tiende a dar la impresión de que todos los poetas ingleses apoyaban al Gobierno Republicano, lo cual, por supuesto, es totalmente falso (además de Campbell, habría que mencionar a Eliot, que prefirió mantenerse al margen de los hechos, y a Yeats, que hizo público su apoyo a Franco). También quedan fuera del libro Nancy Cunard, la gran propagandista de causas justas de quien habla Neruda en sus memorias; el poeta y médico Ewart Milne; y el "poeta del batallón inglés", Miles Tomalin, autor de unos poemas cuyo tono coloquial hubiera proporcionado al libro una refrescante alternativa al lenguaje intelectual predominante. Por otra parte, me hubiera gustado ver una selección más amplia del excelente poeta que era Clive Branson: preso en diferentes cárceles franquistas, escribió poemas que, a pesar de su aparente sencillez, contienen una enorme carga emocional (poemas que, por cierto, sería interesante comparar con aquellos que escribió en circunstancias similares Miguel Hernández).

En general las traducciones son bastante buenas. Como señala Dietz en su introducción, traducir del inglés al español no es tarea fácil: "No es el alarmante aumento de la longitud del verso el único problema. La musicalidad del verso inglés, al ser esencialmente consonántica, produce insolubles quebraderos de cabeza al que utiliza el español, que se ve inundado de vocales por doquier" (p. 19). La solución que da al problema es ajustarse lo más posible al original, sin preocuparse por que la forma de la versión española produzca un efecto análogo al que produce el poema inglés. En este sentido, sus versiones son bastante fieles; a veces se ve que no ha entendido del todo lo que quiso decir el texto, pero estos son errores que, en una segunda edición, podrían corregirse sin mucho trabajo.

Lo que sí es insuficiente, en cambio, es la introducción. Quizá porque ha dedicado una tesis de doctorado al tema, Dietz asume que el lector está perfectamente familiarizado con todos los poetas, con su formación literaria y política,

con sus actividades durante la guerra, así como con su trayectoria posterior. Es decir, confunde al lector con el especialista. Hace algunos comentarios, más bien esquemáticos, sobre el grupo de los *thirties*, pero no hace ningún intento por caracterizar a cada uno individualmente, ni tampoco por distinguirlos de poetas más jóvenes como Cornford y Heinemann. Reconoce que se trata de una antología de poemas cuyo entendimiento muchas veces depende del contexto literario o sociopolítico en que fueron escritos. Incluso cita el poema de Orwell, con su ambigua referencia a un "soldado italiano" (¿a favor de Mussolini o antifascista?), como ejemplo de la confusión que puede existir si el lector no cuenta con la información necesaria. Sin embargo, Dietz se niega a darla. Ni siquiera proporciona una bibliografía que ayude al lector a encontrar la información que necesita. Como lo demostró Valentine Cunningham en la introducción a su *Penguin Book of Spanish Civil War Verse* (Harmondsworth, 1980), el tema era merecedor de un estudio mucho más completo.

James Valender

## UNA FACTURA PULCRA

En 1944, al reseñar *El Jagüey de las ruinas* de Sara García Iglesias, un notable crítico elogiaba por bien hecha esa novela hoy perdida por la negligencia de una literatura sin memoria ni rencor. Más que la sal del tiempo, parece ser la del lugar la que conserva fresca tal observación. Sobran las grandes ideas, faltan los artesanos comprometidos en la ingrata militancia de hacer bien las cosas. Trabajar es rogar —pero el diablo de la malhechura y la improvisación tentadora nos hacen caer en la desidia, blasfemia díscola del pensamiento.

*De Zitilchén* es un —breve compás— cuyo valor se asienta en la pulcritud de la factura. A goma más que a lápiz, va la escritura constituyendo personajes y atmósferas. Produce restando; su mínimo y contenido caudal sólo sabe destacar las cosas. Trae *De Zitilchén* a la

▲ Hernán Lara Zavala: *De Zitilchén*. Joaquín Mortiz Editor. México, 1982, 136 pp.